

## Religiosidad Popular y Ateísmo en América Latina

Angel Ma. Salvatierra

Se trata de un Documento de trabajo que presentó el autor en el Encuentro de Responsables y Expertos de la Zona Bolivariana organizado por la Sección para No-Creyentes del Consejo Episcopal Latinoamericano (CELAM) en Bogotá, 26-30 septiembre de 1975.

### Introducción

Antes de abordar el estudio del tema que nos ocupa debemos hacer algunas observaciones previas.

1. El problema del ateísmo no es un problema que se plantea en ambientes de religiosidad popular. Es un fenómeno poscristiano propio de países más desarrollados cultural y económicamente. Por ello no pretendemos un estudio del ateísmo en sí mismo ni un diálogo con ateos en medios populares. El objetivo de este estudio es prevenir los errores pastorales que han llevado al ateísmo en otros países.

2. Si tenemos en cuenta el fenómeno del ateísmo en países desarrollados, vemos que éste se abre paso no tanto por posiciones teóricas de orden filosófico, sino por la crítica a la religión como sostenedora de situaciones socio-económicas alienantes. Marx sintetiza esta crítica con aquella frase que hizo fortuna: "La Religión es el opio del pueblo". Desde esta perspectiva encaramos el presente trabajo.

3. Queremos dejar constancia de que los datos de la religiosidad popular que poseemos se refieren casi exclusivamente al catolicismo popular, que es el estilo de religiosidad que vive la inmensa mayoría de la población latinoamericana.

4. Al hablar de religiosidad popular no nos referimos únicamente a la religiosidad del pueblo que vive en zonas rurales o en zonas suburbanas, sino a la religiosidad propia de la mayoría de la población. Entre las personas que viven en zonas urbanas la religiosidad adquiere formas algo más evolucionadas y refinadas; pero las características principales son similares.

5. Debemos indicar también las deficiencias de nuestro trabajo. Se trata de una aproximación al tema más que de un estudio científicamente fundado. Esto por dos razones: a) No conocemos estudios que aborden este problema directamente. b) No hemos tenido tiempo para un estudio sociológico serio que preparara nuestra reflexión. Así, pues, este trabajo tiene el carácter de hipótesis para futuras investigaciones. Estas deberán partir de estudios antropológicos que muestren los valores humanos implicados en la religiosidad popular. Pues se pueden considerar fácilmente como alienantes ciertas manifestaciones religiosas sin conocer bien su valor y sentido profundos. Sin estos estudios la refle-

xión se queda en un estadio de hipótesis sin suficiente verificación.

Sintetizando lo que acabamos de decir, el objetivo de nuestro trabajo es el siguiente: la búsqueda de una auténtica pastoral, de carácter profiláctico, que prevenga contra el ateísmo señalando los rasgos alienantes de la religiosidad popular y, sobre todo, sus valores positivos que se deben incentivar.

## I. Rasgos Fundamentales de la Religiosidad Popular

Vamos a indicar las áreas de esta religiosidad sin meternos a un análisis detallado de sus manifestaciones. Agrupamos las manifestaciones en cuatro áreas: área devocional, área protectora, área sacramental y área moral.

*1. Área devocional:* Un aspecto fundamental de la religiosidad es el culto, la devoción a los seres sagrados. Esta área se caracteriza por las relaciones de alianza duradera entre el hombre y el ser sagrado; revela una relación de amistad. La devoción se dirige propiamente a las personas; pero en el pueblo llega también a los mismos objetos sagrados como santuarios, cuadros o imágenes, que con frecuencia suplantán a la persona representada por ellos. Esta área incluye todo lo que denominamos "devoción a los santos", dando a la palabra "santo" todo el alcance que le da el pueblo. El santo es una persona sagrada, con la que podemos tener una relación directa, por que se lo concibe como una persona palpable y próxima al hombre. El santo de la devoción es una persona sagrada con la que el hombre ha hecho una alianza, es su aliado celeste, al que se acoge con confianza y que vela por el bienestar material de la vida presente y por la salvación eterna. Dentro de este concepto se consideran como santos la Stma. Trinidad misma, Jesucristo en sus diversas denominaciones, la Virgen en todas sus advocaciones, los santos canonizados por la Iglesia y todas las personas a las que el pueblo de hecho rinde culto religioso (como la niña Narcisa de Jesús en Ecuador). Teniendo en cuenta el carácter esencial de proximidad y familiaridad, cada advocación distinta es un santo al que se le venera especialmente.

Esta área de la religiosidad popular tiene interés especial en cuanto revela la concepción que el pueblo tiene de Dios. El Dios trascendente no es propiamente un santo de devoción. El pueblo cree en Dios; pero en su devoción no se dirige directamente a El en cuanto Dios, sino a los santos, considerados como seres especializados intermedios, con los que el hombre se conecta directamente dada su especial proximidad. Para el pueblo Dios es un ser alejado, un gran Señor que dirige los destinos de todas las cosas por intermedio de sus agentes, que son los santos.

Esta área de la religiosidad popular está tan arriagada que encuentra manifestaciones paradójicas. Los evangelistas y demás confesiones protestantes que laboran en América Latina critican acremente la devoción

a los santos en el deseo de llegar a despertar un culto auténtico al Dios trascendente. Pero esto no impide que sus seguidores encuentren un sucedáneo de los santos en la palabra de Dios como palabra escrita y como objeto sagrado (la biblia), al que se le da culto y con el que se mantiene una relación similar a la que tiene el católico con los santos.

2. *Area protectora*: Esta área se caracteriza por las relaciones de tipo contractual, "do ut des", entre el hombre y el santo que se venera en vista de la obtención de algún beneficio deseado por el hombre, casi siempre de orden material. Aunque existe similitud con el área anterior, hay diferencia clara entre ambas. El área devocional indica una relación de amistad duradera entre el hombre y el santo de la devoción. El área protectora revela una relación contractual, en cuanto tal pasajera, y puede deshacerse luego de obtenido el beneficio deseado y cumplidas las obligaciones tomadas por el fiel. Es típica de las promesas que se hacen con objeto de obtener un "milagro". El hombre se compromete a realizar algunos actos (oraciones, penitencias, limosnas, buenas obras) con el fin de conseguir algún favor.

En esta área el santo aparece, sobre todo, como el ser poderoso que protege al que se acoge a él. Esta concepción es bien nítida en los santos concebidos como especialistas en socorrer en determinadas situaciones: p.e. San Antonio o Santa Rita.

Dos son las características principales de esta área: a) La relación con el santo es ocasional, e.d. cuando ocurre algún problema concreto o necesidad especial. Obtenida la gracia y realizado el acto de acción de gracias, el fiel se olvida del santo protector. b) La otra característica es la finalidad utilitaria de los actos. No se busca una relación de amistad, sino comprometer al santo a conceder el beneficio pedido, con lo que éste acredita su prestigio y poder. Es una expresión de esta área el castigo del santo que no cumple lo solicitado: p.e. quebrar o acuchillar su imagen.

3. *Area sacramental*: Está mediada por los sacerdotes u otras personas investidas de un poder ministerial dentro de la Iglesia. En ella se realiza el culto oficial de la Iglesia y es el canal principal de la gracia salvadora de Dios desde un punto de vista teológico. Algunos de estos ritos litúrgicos han entrado a formar parte esencial del catolicismo popular: son aquellos que ritualizan las etapas de la vida (el bautismo, la primera comunión, el matrimonio y los ritos fúnebres). En cambio, la participación habitual en la eucaristía y la recepción de la penitencia, que darían continuidad al área sacramental, están ausentes de la mayoría de los católicos.

La vida de la Iglesia como comunidad de cristianos se actualiza principalmente a través de esta área sacramental. De ahí que la persona que frecuenta los sacramentos es el cristiano practicante que mantiene

contacto habitual con la Iglesia y sus sacerdotes. Para los demás fieles la relación con el sacerdote es algo muy esporádico y sin significación vital en su experiencia religiosa.

4. *Area moral:* Incluye el conjunto de actos humanos que no son propiamente religiosos. No obstante, hay una vinculación entre la moral y la religión, principalmente dentro del cristianismo, que justifica su inclusión dentro de la religiosidad popular.

Descubrimos rasgos morales en la relación con los santos: fidelidad en cumplir las promesas, agradecimiento por el beneficio conseguido. Queda además la caridad cristiana como actitud que inspira un compromiso moral en todas las situaciones de la vida. Sin duda el pueblo valora grandemente la caridad cristiana como exigencia de ayuda a nuestros semejantes. Son muchas las pruebas de desprendimiento, hospitalidad y solidaridad que se encuentran entre el pueblo. Pero esto parece más una actitud espontánea que una respuesta a un compromiso cristiano. De ahí resulta una moral distorsionada, no penetrada suficientemente por los principios cristianos, donde el matar a una persona se considera menos grave que tener un disgusto con el compadre, donde el varón que justifica su adulterio como expresión de machismo está dispuesto a matar por celos a su mujer, donde aparecen estampas de santos juntos a cuadros pronográficos, etc. No quiere decir ésto que no haya algunas normas morales. Son normas morales que proceden de situaciones muchas veces infrahumanas, en las que la vida enseña a subsistir con medios poco limpios para un observador extraño.

Después de haber descrito a breves trazos las áreas de la religiosidad popular, podemos indicar sus rasgos fundamentales. La religiosidad popular se caracteriza por el predominio de las áreas devocional y protectora sobre el área sacramental y por la falta de conexión entre los principios cristianos y la actuación moral. Otro rasgo fundamental es la privatización de la religión. La religión es un asunto privado, es una comunicación personal con Dios (y con todo lo sagrado en general), en la que la Iglesia tiene escasa ingerencia. Esta sirve para dar un sello de legitimidad a la religiosidad popular. Por eso el pueblo se profesa bien católico; pero la Iglesia como maestra de la fe y como sacramento del encuentro con Dios no influye decisivamente en la religiosidad del pueblo. La religión es asunto personal, en el que tiene ingerencia decisiva la propia familia; pero no la Iglesia oficial. La privatización se extiende también a los sacramentos que el pueblo recibe. Pongamos p.e. el bautismo. Hay la idea de que por el bautismo el recién nacido deja de ser moro y se hace cristiano. Pero ser cristiano para el pueblo tiene poca relación con la pertenencia a la Iglesia oficial. La Iglesia son el obispo y los sacerdotes. La importancia dada a la inscripción en los libros bautismales parecería desmentir esta afirmación; pero ese dato apenas tiene más que un valor práctico para sacar fácilmente la partida de nacimiento. Según

el pueblo que acude al bautismo ser cristiano es hacerse persona humana al entrar a formar parte de una familia que se profesa cristiana. Existe la idea vaga de que el nacimiento biológico no basta para ser persona humana. Se requiere un rito por el que el recién nacido se hace miembro de la familia humana; este rito es el bautismo. De paso el bautismo protege del maligno y de ciertas enfermedades. De esta suerte el bautismo que, según la Iglesia, es el rito por el que una persona entra a ser miembro de ella, queda también privatizado, reducido al ámbito personal y familiar propio de la religiosidad popular, que no está mediatizado por la Iglesia.

La explicación principal de ese fenómeno consiste en la transmisión del catolicismo. Oficialmente la Iglesia es la maestra de la fe, la encargada de la evangelización de todos los pueblos. Pero de hecho es la familia la que transmite el catolicismo popular; dentro de la familia la mujer es la que lleva sobre todo esta tarea.

Vale todavía destacar otro rasgo de esta religiosidad popular. El haber un predominio de las áreas devocional y protectora sobre la sacramental hace que la religión se considere como medio de solucionar los problemas de la vida presente y futura. Esto supone un predominio de la praxis sobre la teoría. La religión vale por sus resultados.

## II. Valores de la Religiosidad Popular

Para una valoración adecuada de la religiosidad popular se necesitan estudios antropológicos serios, que por desgracia se echan de menos. Así, pues, lo que digamos a continuación tiene carácter de aproximación como observábamos en la introducción a nuestro trabajo. Tomaremos como base algunos datos recogidos de algunos trabajos sobre la religiosidad popular y de conversaciones personales con gente del pueblo. Esto no carece de dificultades pues no es fácil tener una verdadera comunicación con el pueblo sencillo en orden a poder interpretar y valorar sus vivencias religiosas. Se necesitaría tener su misma experiencia, lo que es a todas luces imposible. Aventurándonos, pues, por un terreno casi virgen trataremos de señalar los valores positivos y negativos de la religiosidad popular. En verdad no se trata sólo de descubrir los valores de la religiosidad popular, sino los valores del pueblo mismo, que se expresa a través de unos gestos sacrales determinados. Creemos que este aspecto apuntado por Aldo Buntig. (Rev. *Mensaje Iberoamericano*, Madrid, No. III a. 1975, pag. 8 ss.) merece tomarse en consideración. Interesa más descubrir los valores del pueblo mismo que los valores específicamente religiosos de ese pueblo.

Los valores se presentan con impurezas o contravalores, de suerte que ni cabe ver sólo lo negativo en una actitud iconoclasta y puritana ni reconocer sólo lo positivo en una actitud ingenua y triunfalista. Cada valor lleva aparejado su contravalor. Esto tiene gran importancia para la

pastoral, sobre todo para una pastoral liberadora. Habrá que ayudar a adquirir una conciencia crítica de la situación y a promover los valores positivos del pueblo, superando en una tensión dialéctica lo que haya de mistificado y negativo.

Expondremos los valores siguiendo las áreas religiosas antes descritas y añadiendo otros valores del pueblo que no son específicamente religiosos.

1. *En las áreas devocional, protectora y moral:* Las reunimos ya que muchos valores y contravalores son comunes debido a las semejanzas que tienen estas tres áreas.

En el área devocional encontramos como primer valor positivo la apertura al misterio de Dios, a su realidad trascendente. Es una apertura por la vía del sentimiento preferentemente, lo que lleva aparejado cierto peligro de irracionalismo y fanatismo. Otro valor fundamental es considerar la relación con los seres sagrados como una relación de amistad. Estos están próximos al hombre para escucharle, para dialogar, para ayudarle.

Esos dos valores llevan aparejado su contravalor. Esa apertura al Dios trascendente no logra explicitarse, queda a medio camino. La transcendencia de Dios es signo de lejanía. De ahí que no hay devoción al Dios trascendente. El domina los destinos de todos los seres desde la lejanía. Nadie puede resistirse a su dominio. Dios es más el Señor omnipotente, justiciero y hasta vengativo que el Dios-Amor, lleno de ternura y misericordia, de que nos habla el evangelio. Esto imprime un sello de fatalismo a la existencia. Con todo, el pueblo siente que lo sagrado es una realidad propicia al hombre. Lo expresa, aunque inadecuadamente, en la relación de alianza y amistad con los santos. Estos están próximos al hombre. Y por la amistad que se establece con ellos llegan a suplantar a Dios mismo. Vienen a resultar "dioses" intermedios y especializados. De ahí la ambigüedad de la devoción a los santos. Mientras la Iglesia considera la devoción a los santos como un medio de acceso al misterio de Dios, el pueblo se queda a medio camino y "adora" a los santos porque ellos son sus amigos y le escuchan; si bien se debería decir con más propiedad que, por insuficiente evangelización, el pueblo adora en los santos lo que no ha llegado a descubrir en Dios: su proximidad, su amistad con los hombres. Esto da un cierto matiz politeísta a la religión popular.

En esta misma línea de deseo de proximidad vemos otro valor con su contravalor. El pueblo materializa su devoción en algo que sea visible y palpable. El tacto es un sentido privilegiado para el pueblo. El santo "se encarna" en la imagen, en el santuario, en el lugar donde se supone que apareció. Pero estas mediaciones materiales suelen suplantar al santo que se venera. La representación material termina siendo el objeto mismo del culto. De esta manera el pueblo expresa la necesidad de la

mediación sensible para el acceso a lo sagrado. Pero esta mediación queda mistificada al hacerse fin del culto mismo con cierto sabor a idolatría. Esto es debido más a falta de una evangelización adecuada que a la falta de aceptación del Dios único, pues es a Este a quien se desea tener propicio en última instancia.

En el área protectora descubrimos el valor que tiene la fidelidad en cumplir lo pactado. Esta fidelidad es tan fundamental que, si el fiel no lo cumple, el santo puede vengarse. "El santo es muy bueno; pero es bien bravo también", suelen decir. Y si el santo no cumple lo que le pide el fiel, es castigado por éste. El contravalor principal es el interés que se manifiesta; es una relación interesada y egoísta. Y hay todavía otro contravalor: la justificación de la venganza como forma de establecer justicia.

A veces se critica esta área como forma de superstición y magia. En la magia se atribuye el valor a los mismos ritos o actos practicados. Pero aquí los actos que realiza el hombre son medio para mover al santo, que es quien concede los favores. Aunque haya alguna similitud con la magia, se distingue esencialmente de ésta. Por eso queda el deber de la gratitud para con el santo que ha otorgado un beneficio.

En estas dos áreas devocional y protectora encontramos algunos valores que corresponden a la concepción moral del pueblo. Así la fidelidad por parte del fiel en cumplir con sus obligaciones. Existe correspondencia entre la vida del devoto y lo que espera de los seres sagrados. Y de este modo hay también alguna correspondencia entre la vida presente y la salvación eterna. No es, sin embargo, una correspondencia estricta, pues debido a la primacía que tiene la amistad se considera como favores o dones de Dios y los santos los beneficios obtenidos y principalmente la salvación eterna. Una condenación eterna no sería entendida por el pueblo, pues se siente protegido por la amistad con los santos. De aquí procede el deber del agradecimiento. La honestidad del pueblo consiste primordialmente en la fidelidad y agradecimiento que proceden sobre todo, de la amistad. Hay que añadir a estos dos aspectos el valor que el pueblo da a la caridad, a la hospitalidad, a la solidaridad como valores humano-cristianos. Ese conjunto de valores son los principales del área moral. Junto a esos valores tenemos múltiples ambigüedades morales. La vida moral es de carácter privado. No afecta a las estructuras sociales. La caridad que a menudo se practica en forma de limosna o ayuda a los demás no interfiere en el mundo de explotación e injusticia. Hay una sobrevaloración de la amistad en perjuicio de la misma justicia. Por el amigo se justifica hasta un delito.

En estas áreas hallamos el predominio de la praxis sobre la teoría. Las cosas valen por sus resultados. El santo que más vale es el más milagroso. Se trata de un valor bastante ambiguo pues lleva aparejada la ignorancia religiosa y la falta de valoración crítica ante las cosas. Pero se debe resaltar este valor por la repercusión que tiene en la actuación

pastoral. Una actuación pastoral debe tener resultados empíricos. Por el contrario podemos observar el poco interés que el pueblo manifiesta por cursos de formación cristiana. Se someterá a ellos cuando sean un requisito para la recepción de un sacramento. Pero influirán muy poco en su mentalidad religiosa a no ser que vayan unidos a otros compromisos de carácter práctico. El pueblo se forma en la acción.

2. *En el área sacramental:* Se da un valor extraordinario a ciertos ritos sagrados como el bautismo, la primera comunión, la santa misa, etc. Para el fiel el culto oficial de la Iglesia, mediado por sus ministros (considerados como personas sagradas), alcanza el valor de cosas sagradas; es un medio de acercamiento a Dios, no por la comprensión racional sino por la vía del sentimiento en una apertura a lo misterioso como tal. No es casual que esta apertura se celebre especialmente en los momentos importantes de la vida: bautismo, primera comunión, matrimonio, ritos fúnebres. Es sobre todo en esos momentos cuando el hombre se abre al misterio de Dios y quiere expresar su relación de dependencia con El.

Hay también una adhesión sincera a la Iglesia y sus ministros. Con todo, esta adhesión sirve más para dar legitimidad a los ritos sagrados que para hacerle a uno miembro activo y responsable dentro de la Iglesia. Justamente se ve aquí el contravalor de una privatización de la religión; de hecho la mediación eclesial apenas cuenta en la religiosidad popular. Esto no quita que reconozcamos algunos aspectos valiosos en esta mentalidad como el considerar la religión como algo personal y familiar; pero la dimensión comunitaria de la Iglesia queda reducida al ámbito familiar.

Para descubrir más en concreto los valores implícitos en esta área sacramental habría que hacer un estudio analítico de cada uno de los ritos sacramentales que practica el pueblo. En ellos se revelarían valores que a menudo pasamos por alto. En el bautismo veíamos que el pueblo celebra ante todo el ingreso de la criatura en la familia humana. Por el bautismo es reconocida como cristiana, e.d. como persona humana con todos los derechos. El simple nacimiento biológico no distingue al hombre de los seres irracionales; lo que lo distingue es el pertenecer a una familia concreta y en ella a toda la familia humana. Es una forma implícita de afirmar la dimensión social de la naturaleza humana. En los ritos fúnebres se expresa la fe en la vida futura. Así se podrían enumerar otros muchos valores de esta esfera junto a sus contravalores correspondientes.

En muchos de estos ritos impera el peso de la tradición o costumbre. Muchos padres bautizan a sus hijos o desean que haga la primera comunión o contraiga matrimonio eclesiástico más por costumbre o presión social que tratando de expresar su vinculación a Dios en los momentos principales de la vida. El peso del tradicionalismo es un contra-

valor que oscurece muchos de los valores religiosos y humanos del pueblo.

*3. Valores del pueblo.* Vamos a enumerar rápidamente algunos de los valores del pueblo que de alguna manera están contenidos en su religiosidad. Hemos recogido en este apartado aquellos valores que no son específicamente religiosos, pero que se expresan también en esta esfera. Son valores humanos.

*Apertura al prójimo.* Es espontánea al pueblo la actitud de hospitalidad y de solidaridad en las desgracias. Los pobres se ayudan fácilmente en casos de necesidad. Aparece esta actitud vinculada a la caridad cristiana; pero parece ser más un valor humano del pueblo que un valor provocado por la influencia del cristianismo.

*Sentimiento de la amistad.* Lo hemos visto en la relación con los santos. Es uno de los sentimientos más profundos. La amistad sincera adquiere valor de algo sagrado. El bautismo entre otras cosas sirve para sacralizar la amistad entre los compadres. En los demás sacramentos se buscan también padrinos que estrechan los vínculos de amistad con sus compadres. Sin duda es éste uno de los valores humanos más genuinos.

*Sentido de desprendimiento.* El pueblo ahorra dinero para celebrar la fiesta. Esta consiste en una celebración gozosa de su dimensión comunitaria. En la fiesta el pueblo invierte su dinero haciendo limosna al santo de su devoción (su gran amigo) e invitando a sus amigos. En la sociedad capitalista se ha exaltado el valor del ahorro para acumular plata. Este no es un valor para el pueblo. Para éste el valor del ahorro consiste en brindar generosamente lo que uno tiene a Dios y a sus amigos. Ahí se muestra también que la felicidad consiste en hacer felices a los demás, en compartir con ellos lo que uno posee.

*Valoración positiva del ocio.* El pueblo no tiene prisa. Por ello es capaz de pasar horas y horas en un acto religioso. Hay una valoración grande de la tranquilidad para alcanzar la felicidad. Esto lleva aparejado como contravalor el peligro de pasar el tiempo con los amigos descuidando otros deberes elementales como los de la familia.

*El trabajo.* El pueblo estima el trabajo como medio de subsistencia en primer lugar. Pero a la vez estima que por él el hombre se realiza en su propio ser. De ahí hay una división del trabajo conforme a la naturaleza del varón y de la mujer. Los trabajos domésticos son para la mujer y el trabajo fuera del hogar es para el varón. Según la mentalidad popular así se desarrolla cada uno según su capacidad. No es bueno que el varón haga los trabajos de la mujer ni que ésta se dedique a los del

varón. Aún reconociendo el peligro de imposición machista que hay en esa mentalidad, debe valorarse en lo que tiene de positivo. Por otro lado, el pueblo se une con bastante espontaneidad para resolver sus problemas comunes por medio del trabajo. De hecho los trabajos comunes que más motivan al pueblo son los trabajos con una proyección religiosa: preparar la fiesta, construir una capilla.

*El hombre se hace en sociedad.* Este valor está implícitamente expresado por el sentido que el pueblo da al bautismo, como veíamos anteriormente. Por el bautismo el recién nacido es ya considerado como persona humana. Es una forma de expresar la naturaleza social del hombre y de decir que el hombre se hace hombre en sociedad.

*Capacidad para el sacrificio.* Es proverbial la capacidad para el sacrificio que tiene el pueblo. Por cumplir una promesa a un santo se hacen sacrificios corporales trémendos.

*Serenidad ante el dolor y la muerte.* Esa serenidad es un valor en sí mismo muy positivo. No hay esa angustia ante la muerte provocada en los países desarrollados. En parte esta serenidad es fruto de una mentalidad fatalista y conformista.

*Conciencia de la situación de explotación e injusticia.* Habría que recoger varios aspectos de la religiosidad popular que nos llevan a esta conclusión. No se trata de una conciencia crítica, sino de una conciencia que no llega a una explicitación y compromiso adecuados. El pueblo que acude a un santo pidiendo la venganza de su patroncito expresa el sentimiento de frustración y explotación de que es víctima, bien que la forma nos resulte alienante. De ahí que el pueblo se siente identificado con el Cristo sufriente de la cruz y no con el Cristo triunfante y glorioso de la Pascua. Aunque evadiéndose de su tarea personal, más por impotencia que por cobardía o egoísmo, recurre a Dios en búsqueda de justicia.

Finalmente cabe destacar que gran parte de los *valores autóctonos de la cultura indígena* se conservan gracias a la religiosidad popular. El folklore popular tiene su máxima expresión en la fiesta religiosa. Gran parte de los valores propios del pueblo latinoamericano, como los anotados anteriormente del sentido del desprendimiento y valoración positiva del ocio, se muestran principalmente en la esfera religiosa. Tanto es así que en ella se conservan gran parte de las tradiciones de la religiosidad precolombina, bien que envueltas en un ropaje cristiano. Los ritos cristianos se han incorporado a la cultura popular. A este proceso se llama inculturación, que tiene una importancia decisiva para un diálogo con el pueblo, para una comunicación con él. Esto es consecuencia de una evangelización deficiente. Tiene esto una importancia extraordinaria.

ria para la labor pastoral de la Iglesia. Una pastoral que desconoce o infravalora ese fenómeno será estéril por falta de auténtica comunicación con el pueblo.

### III. Función Alienante de la Religiosidad Popular

A breves rasgos recogeremos los aspectos alienantes más destacados de la religiosidad popular que fueron apareciendo. Ya dijimos en la introducción que el fenómeno del ateísmo es un fenómeno pos-cristiano que tiene su fundamento principal en la crítica a la religión como sostenedora de situaciones socio-económicas alienantes.

La religión, por tanto, representa un factor básico de alienación espiritual, según la crítica marxista. Marx considera la religión como una superestructura, que revela y a la vez sostiene la estructura fundamental de alienación del hombre, que consiste en la alienación económica debida a la propiedad privada de los medios de producción. Con esos antecedentes abordamos este punto de reflexión.

En forma similar a como presentamos los valores unidos a sus contravalores, agrupamos los aspectos alienantes de la religiosidad popular junto a otros aspectos que no lo son y que serán la base para una pastoral liberadora.

La relación con Dios y los santos presenta claros caracteres alienantes. El pueblo espera que ellos solucionen sus problemas. Partiendo del dominio absoluto de Dios acepta que El distribuye la riqueza y la pobreza; quiere, por tanto, que haya ricos y pobres. Ese aspecto unido al conformismo fatalista le lleva a aceptar la pobreza y la misma injusticia esperando que Dios mismo restablezca la justicia en este mundo y, ante todo, en el otro.

Vistas las cosas superficialmente se daría toda la razón a la crítica marxista. Sin embargo, hay rasgos positivos que conviene destacar. Por de pronto no siempre existe ese conformismo ante la injusticia ni ante la pobreza. Se considera un valor sobrellevarlas porque no hay más que hacer. En el fondo se trata más de un sentimiento de impotencia que de una evasión. Aunque de manera harto imperfecta el pueblo expresa su deseo de verdadera justicia en el recurso a la justicia divina.

La aceptación de las realidades trascendentes y la sobrevaloración de lo sagrado llevan a menospreciar las realidades temporales. El deseo de salvación del alma es fácilmente una evasión del compromiso temporal y conduce a un alejamiento de la vida socio-política y económica como tareas que nada dicen a un cristiano. Aún en esto vale tener presentes ciertos aspectos positivos. En el fondo de esa crítica contra la mentalidad del pueblo está la creencia de que nuestra cultura es superior y que, por tanto, el pueblo tiene que seguir los pasos de los pueblos desarrollados para alcanzar su promoción humana. El pueblo aprecia poco la vida de confort y lujo que caracteriza a los pueblos desarrolla-

dos; no tiene interés por una acumulación económica creciente; no tiene afán de competencia en la producción. En ese sentido acepta con bastante resignación y hasta con alegría su pobreza; es relativamente feliz con ella. Está convencido de que la riqueza no es fuente de verdadera felicidad y piensa que los ricos no son ni pueden ser felices porque las riquezas corrompen al hombre. Así, pues, tiene deseo de la felicidad y aspira a ella. La fiesta religiosa en que tiene oportunidad de encontrarse con los amigos es buena muestra de ello; igualmente la valoración positiva del ocio. Nos encontramos pues, ante dos culturas diferentes. No se trata tanto de desconocer el valor de las cosas materiales cuanto de relativizar su valor como fuente de felicidad y realización humana. Y esto, es sin duda, un valor positivo.

La existencia de esas dos culturas diferentes explica también el alejamiento del compromiso socio-económico. El mundo de la política y de la economía actuales se ha hecho al margen y aun a costa del pueblo. Este se encuentra positivamente desplazado de él. No cabe hablar de alejamiento evasivo. Es un hecho lamentable. El pueblo tomará algún día conciencia de la situación y podrá recuperar el lugar perdido.

La tendencia que tiene el pueblo a explicarse las cosas por la presencia de seres extramundanos es otro rasgo de alienación, que fomenta la sensación de impotencia del hombre ante las dificultades. El pueblo tiene una mentalidad mítica e ingenua. Con demasiada precipitación se dice que esta mentalidad es anticientífica e impide todo deseo de progreso. Hay que considerar que, por insuficiente que sea, la explicación mítica es la primera forma de explicación del mundo de los fenómenos. No es, por tanto una negación de explicación. Por otro lado, aunque la ciencia pretende dar explicación de todo, el hombre tiene una pre-saber de su propia limitación esencial; una explicación perfecta de todas las cosas es inaccesible al hombre. La aceptación de este aspecto es fundamental para la apertura a la trascendencia divina. La persona que por motivos científicos niega la existencia de Dios, está suponiendo "a priori" que las cosas pueden explicarse adecuadamente sin El. Este es un asunto que corresponde desarrollar a la metafísica. Aquí hemos querido dejar claro que una explicación mítica es una explicación primera que está suponiendo que el hombre no es capaz de acceder plenamente a la verdad absoluta. Y con ello el pueblo muestra su apertura al misterio de la trascendencia.

La privatización de la religión parecería en un primer momento negar o minusvalorar la dimensión comunitaria del hombre. En realidad lo que significa es la falta de indentificación con la Iglesia oficial y no la negación de la dimensión social de la existencia humana. Más aún, el pueblo latinoamericano se siente un mismo pueblo en gran parte por su fe católica. Así en América Latina cualquier iniciativa para un trabajo en servicio de la comunidad que proceda del sacerdote tiene una acogida especialmente favorable. Los trabajos comunes que brotan más

espontáneamente del pueblo son los que tienen una finalidad religiosa. La religiosidad popular es uno de los vínculos más fuertes de adhesión y solidaridad que existen en el pueblo. Opinamos que este es el punto más crítico de la actuación de los grupos protestantes en América Latina: tratan de romper la vinculación religiosa del pueblo. Con ello sirven, tal vez inconscientemente, a los intereses de los países desarrollados que temerían la irrupción de un pueblo estrechamente unido por vínculos religiosos. No es casual que los grupos protestantes que están trabajando en América Latina llevan todos el signo de una evasión clara y oficialmente promovida por sus pastores frente al compromiso socio-político.

Ante todas estas consideraciones qué decir de la función alienante de la religiosidad popular? De hecho la religión ayuda a mantener estructuras alienantes; pero creemos que es más por la posición de privilegio y por la falta de compromiso de la Iglesia oficial, jerárquica, que por la religiosidad popular. Junto a aspectos claramente alienantes no faltan otros que no lo son y que, debidamente promovidos, ayudarían a una auténtica liberación humana. Así, pues, la religiosidad popular ofrece una esperanza a la liberación del pueblo. Frente a la crítica marxista, extendida en nuestro medio sobre todo entre los estudiantes, pensamos que no es la religiosidad popular en cuanto tal, la principal causa de alienación del pueblo. Las manifestaciones alienantes de la religiosidad popular son más bien signo que causa de las estructuras de opresión e injusticia en que vive el pueblo. Un pueblo alienado y oprimido no puede menos de manifestar en su religiosidad las alienaciones de su situación humana. Marx mismo aceptaría esa afirmación. El, en cambio, afirma más: toda religión nace de la alienación humana; es un parásito que se desarrolla en la alienación y la favorece positivamente. Personalmente opinamos de manera diferente. De cara a la liberación del pueblo estimamos que su vinculación religiosa es un resorte fundamental. La liberación del pueblo latinoamericano se realizará o no históricamente; pero mucho tendrá que cambiar la situación para que pueda realizarse en una superación de la religiosidad popular. Hay quienes pretenden realizar la liberación al margen y aun en contra de la religiosidad popular: por de pronto todos los grupos marxistas. Pero esto equivale de hecho, aunque no quiera reconocerse, a realizar una liberación para un grupo élite que terminará siendo el nuevo opresor del pueblo.

#### IV. Religiosidad Popular y Ateísmo

En estas breves pinceladas vamos a aludir al tema explícito del ateísmo. Repetidas veces hemos indicado que éste es un fenómeno poscristiano, propio de países desarrollados. La religiosidad del pueblo Latinoamericano, en cambio, se encuentra a medio camino entre lo precristiano y lo cristiano. Así, pues, en la religiosidad popular el

ateísmo explícito propiamente no se presenta. Con todo, haremos algunas observaciones a este respecto.

Hay cuatro factores principales que repercuten en la fe del pueblo: cambio de ambiente por éxodo a la ciudad, mejora de la situación económica, enfrentamiento con el pluralismo ideológico del mundo moderno y enfrentamiento con la actuación pastoral de la Iglesia.

El éxodo a la ciudad no parece ser un factor especialmente relevante en lo que concierne a la fe en Dios ni siquiera a la práctica de la religión popular en todas sus características. En las zonas urbanas se observa un cierto proceso de secularización, lento, que no afecta esencialmente a la fe en Dios. Bajo formas más refinadas se mantiene sustancialmente la misma religiosidad popular.

Un factor más decisivo es la mejora de la situación económica. La persona que pasó de la pobreza a atesorar algunos bienes se aleja de la religión, aunque en ningún momento niega su fe en Dios. Al contrario trata de aparecer como bien creyente. Teniendo en cuenta que gran parte del recurso a Dios y a los santos es en búsqueda de refugio ante alguna necesidad parece lógico que haya un cierto olvido de Dios cuando la situación económica ha mejorado. Esto no supondría verdaderamente una pérdida de la fe en Dios. Las personas que han llegado a la riqueza tienen sumo interés en aparecer creyentes para no perder su prestigio ante el pueblo. Y llegada la ocasión, no dudan en servirse de motivos cristianos para impedir todo cambio que afecte a su situación de privilegio. En el fondo hay una pérdida de la fe en Dios, aunque encubierta. Se podría hablar de una tendencia hacia el ateísmo que, por no ser explícito ni consciente, resulta más difícil de desenmascarar. Se actualiza la advertencia de Cristo: "Es imposible servir a Dios y a las riquezas" (Mt 6,24).

El enfrentamiento con el pluralismo ideológico es también un factor claro de descristianización. Las personas principalmente afectadas son los jóvenes estudiantes. Es frecuente en los colegios la crítica a la religión, como cosa de mujeres. Se da por supuesto el valor de la frase de Marx: "La religión es el opio del pueblo". Se critica la religión como cosmovisión ingenua y fatalista, superada por los adelantos de la ciencia. El argumento, prácticamente único que se esgrime, es que el evolucionismo ha acabado con la fe en Dios Creador. De esta manera se provoca un alejamiento de la religión por parte de bastantes estudiantes. Algunos pocos llegan incluso a perder su fe en Dios. Pero, dadas las circunstancias que envuelven este proceso, se trata en general de un ateísmo inducido, tan ingenuo como la misma mentalidad religiosa del pueblo. Hemos podido constatar que, a pesar de todo, la mayoría de los estudiantes mantienen su fe en Dios y hasta siguen practicando la religión de sus padres. La influencia de los marxistas es un factor similar, que en algunos casos provoca la pérdida de la fe en Dios hasta en personas del pueblo. Vale hacer las mismas observaciones.

El enfrentamiento con la actuación pastoral de la Iglesia suele ser motivo de críticas frecuentes: "Los sacerdotes de ahora están haciendo perder la fe del pueblo". Este enfrentamiento es un fenómeno típico de la Iglesia actual que después del Concilio Vaticano II y de la reunión del CELAM en Medellín trata de presentar una evangelización liberadora, que contrasta con la mentalidad tradicionalista del pueblo cristiano. En realidad son pocos los sacerdotes que han entrado por esta pastoral liberadora, quedando expuestos a menudo a las iras del pueblo. A pesar de lo que se comenta este enfrentamiento apenas influye en la fe en Dios ni siquiera en la religiosidad popular. Esas frases que a veces se escuchan revelan así un distanciamiento entre la religiosidad oficial de la Iglesia y la religiosidad popular. Pero ese distanciamiento existe independientemente de este problema; por lo tanto no es creado por él.

### Conclusión

Dijimos desde el principio que lo que intentábamos en este trabajo era buscar caminos para una auténtica pastoral que impida caer en los errores que indujeron al ateísmo en los países desarrollados. El único camino eficaz es una evangelización liberadora. De paso hemos anotado que los países de América Latina no están suficientemente evangelizados. Bien es verdad que la evangelización es tarea permanente de la Iglesia. Esta debe comprometerse con valentía en una verdadera evangelización que promueva la liberación integral del hombre. Ello implica que la Iglesia se ponga de parte del pueblo sencillo. No es tarea fácil pues para ello tiene que renunciar a la situación de privilegio en que se encuentra situada la Iglesia jerárquica.

La mejor forma de brindar base al ateísmo es mantener una religión de masas que explota el sentimiento religioso del pueblo sin llevarle a una conciencia crítica de su situación humana. Una pastoral que fomenta la religión como refugio y consuelo ante los problemas y necesidades de la vida, que insiste unilateralmente en la salvación del alma e infravalora las realidades materiales, que proclama que la Iglesia no debe meterse en política y que justifica su actuación diciendo que eso es lo que pide el pueblo, está sentando las bases para la irrupción del ateísmo. Este no llegará a ser fenómeno masivo tal vez; pero veremos que las personas más preparadas y comprometidas por los destinos de la humanidad se apartan del cristianismo y pierden su fe en Dios. Con ello la Iglesia deja de ser sacramento de salvación para este mundo.

Esto no significa que la Iglesia debe abandonar la pastoral de masas para dedicarse sólo a grupos minoritarios, capaces de vivir las exigencias del cristianismo. Aparte de ser un grave error que convertiría a la Iglesia en una secta entre otras perdiendo su carácter de católica, universal, no tendría éxito, pues el pueblo mantendría su propia religiosidad. Hay que descubrir y ensayar caminos para una pastoral y evangelización

liberadoras que lleguen a las masas creyentes del pueblo. Sólo esto puede prevenir los obstáculos de una secularización que se avecina y del influjo de un enfrentamiento con el pluralismo ideológico del mundo actual. Aunque lentamente esto irá llegando. La mayor fuerza persuasiva en favor del ateísmo la da una religiosidad alienante. Por tanto, el mejor antídoto contra el ateísmo es una evangelización liberadora. Puede parecer hoy en día un ideal inalcanzable. Con todo, creemos que no lo es. Al menos es una esperanza que debe alentar la actuación de la Iglesia. Hay bastantes aspectos positivos en la religiosidad de ese pueblo que se expresa a través de gestos sacrales muchas veces alienantes. Es un pueblo unido por su fe católica, que pone su esperanza en Dios Salvador, que cree en Dios porque Él está con los pobres y oprimidos, que es capaz de unirse en el trabajo común, que está acostumbrado al sufrimiento y nada perdería en la lucha por su liberación. Uniendo e incentivando todos esos aspectos, se puede provocar una conciencia crítica que le lleve al pueblo su propia liberación. Sí, a su propia liberación. No a una liberación apresurada e impuesta por grupos izquierdistas, que con muy buena voluntad, pero con precipitación, impiden que el pueblo entre en el proceso de la liberación. Respetando el ritmo lento del pueblo, pero ayudándole a despertar su conciencia crítica, sería factible que él entrara en el proceso liberador, siendo así el portador de la salvación querida por Dios para todos los hombres.